

ZONA

LIBRE

Creepyweb: Pastas de la Cripta

José Antonio Sánchez Cetina



Creepyweb: Pastas de la Cripta

José Antonio Sánchez Cetina



Creepyweb: Pastas de la Cripta

José Antonio Sánchez Cetina



mx.edicionesnorma.com

Creepyweb: Pastas de la Cripta

D.R. © José Antonio Sánchez Cetina, 2016

D.R. © Norma Ediciones, S.A. de C.V., 2016

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2017

Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, colonia Acacias,
Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación
“N”/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Tercera edición: abril de 2020

Edición: J. Lizbeth Alvarado Mota

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Portada: Iker Basauri de Alba

Gerenta de producción: Paula García

Jefe de producción: Elías Fortunato

Impreso en México - *Printed in Mexico*

SAP: 61091460

ISBN: 978-607-13-1040-8

A Fabi
por disipar mis sombras
con esa voz que
iridiscente
me nombra

A Gepe y Louie
por la fuerza de estar juntos

Y a Pulques,
mi fiel escudero,
porque ya se le hizo costumbre

I ain't afraid of no ghost.

Ray Parker, Jr.

¿Qué es lo contrario de haber vivido? ¿Haber *morido*? Haber muerto, creo. Suena superraro porque nunca se usa. Quienes lo usan constantemente deben estar tan ocupados en la *necrofila* de migración del más allá con su pasaporte en mano muerta que no se toman la molestia de hacernos ver cómo conjugan de bonito el verbo *morir*.

Y esa noción desconocida de morir es lo que les falta a las películas para que le creas al personaje que grita *Oh my God*. Porque una cosa es asustarte porque se te cayó el florero de cristal cortado de tu mamá o porque sales del Metro a las nueve y media de la noche sólo para darte cuenta de que no hay un alma en medio de todos esos puestos de comida, una cosa es eso y otra que sientas el miedo de que ahora sí que te vas a morir. ¿Cuántas veces al año le pasa algo así a un director de cine que está

rodando la quinta parte de *La bruja del bosque*? Es una sensación extraña de que algo que nunca jamás te ha pasado está a punto de ocurrirte a ti, de entre tanta gente que se muere todos los días, y tú ni en cuenta.

Lo que nunca logran comunicar las películas de terror, donde un asesino loquísimo está a punto de alcanzar a la protagonista superguapa que casualmente se va rasgando la ropa en partes y que no se ve como una vagabunda sino como una pobre víctima todavía más sensual, es que, además de tropezar con cada cosa que se atraviesa como si las agujetas de las botas estuvieran anudadas una con otra, en verdad cruza por tu cabeza el pensamiento irremediable de que hasta ahí llegaste. No comer papas afuera de la biblioteca. Adiós a la comida china y a las tardes de la cineteca. *Kaputt*. Y para colmo, hace tres meses que te peleaste con tu mejor amiga, con la que te desvelabas en las madrugadas y decías que en algunos años ibas a rentar un departamento en Brooklyn para escribir historias de terror. La misma que se ha encargado de hacer de tu vida virtual y no virtual una pésima y humillante broma. Esa amiga. Pero, ¡claro!, ahora todo tiene que ser relativo porque te vas a morir en dos segundos.

Claro que todo eso es muy triste, pero no deja de ser una sensación rara porque esa tristeza nostálgica por todo lo que estás a punto de perder se mezcla con la adrenalina llena de pánico tipo *Patas para qué las quiero*

(mejor traducción posible que encontré en este momento mortal a la potente y musical *Feet don't fail me now* que me gusta tanto, aunque esté en inglés). Por más que hayas criticado las decisiones de personajes en un apocalipsis zombi, perseguidos por un vampiro, correteados por momias furiosas o por un monstruo dinosaurio mitológico recién despertado, cuando te toca a ti no es tan sencillo ser la misma fanfarrona que despotrica cómodamente desde el sillón sosteniendo un plato de palomitas mientras le dicen a Milla Jovovich “Sorrájale la escopeta, güera inútil”. Y encima de eso, ignoraste todas las señales de que, desde hace un buen tiempo, te estaba preparando la cama el destino. Típico del nunca-va-a-pasar-a-mí porque soy bien *destroyer*.

¿Que quién me creo para presumir que sé muy bien de qué se trata esa sensación extraña de haber muerto, aunque no pueda definirla bien, y ver pasar casi toda tu vida (porque los transbordos del Metro Pino Suárez no son tan dramáticos como para que pasen por tu mente cuando te mueres) frente a tus ojos? Nadie, ciertamente. Porque no estoy todavía en posición de adoptar esa actitud de sobreviviente como cuando tu tío Luis te dice que lo iban a asaltar siete pandilleros ninja y él solo estaba armado con la bolsa del pan. Aún está la moneda en el aire y, aunque nunca se me ha dado tanto el pesimismo, hay buenas posibilidades de que le haga compañía a mi tío.

Todavía más increíble es pensar en todo esto justo ahora, cuando está detrás de mí. Y todos esos lugares comunes de las películas –como la luz verdosa de las lámparas de biblioteca, los pasillos que pasas y están desiertos– suceden y lo hacen de un modo tan franco, tan real, tan asquerosamente cotidiano que en verdad te llenas de miedo y piensas que ahí se acaba todo. Porque el perseguidor siempre es más rápido, siempre parece conocer mejor los caminos por los que huyes, siempre de prisa, más cerca, y sus pasos son más precisos, más resonantes, siempre a punto de alcanzarte la nuca.

Y aquí estoy, en el último piso de la Biblioteca Pública, detrás del último anaquel y también detrás del esqueleto inmenso de ballena que está suspendido por unos cables enormes en el cubo que se forma al centro. Quién iba a pensar que, de todas las pastas que inventé, traduje y copié, acabaría con la que más odio. Seguramente ese maldito gato debe estar carcajeándose ahora. Llegué al final del piso, donde un barandal ligero advierte una caída libre del tercer piso –que no sería mucho en un edificio cualquiera (pero este no es un edificio cualquiera)– y sentí el vértigo que acompaña la frialdad de ese barandal de fierro que casi te grita “fin del camino, amiguita”. Ese mismo grito que debió escuchar mi tío antes de salir por la ventana.

Te da entonces por la racionalidad y la eficiencia, como si pudieses detener el tiempo y convocar a un

consejo de sabios entre tú y el esqueleto suspendido de ballena para elegir el mejor de los planes. ¿Cuál escenario es menos terrible? ¿Voltear y ver la no-cara del hombre largo que te persigue resignándote a una destripada sin la más pequeña sutileza o cruzar el barandal soñando que flotas en ese mar de aire como también debe soñar esa ballena a la que nada más le vemos los huesos? ¿En qué punto y de qué modo eso de lo que huyes es más tremendo que aceptar morir de un brinco al vacío estilo naufragio? ¿Qué carajos estaba pensando mi tío en ese momento y qué puede ser peor que ese salto mortal garantizado?

Slenderman. Fácil. Eso es peor. El hombre largo y sin cara. ¿No has leído ni una de sus pastas? Yo traduje unas muy buenas, de las menos choteadas. Aunque, pensándolo bien y rápido –en este microsegundo en el que ya no veo mi vida pasar frente a mis ojos sino que me visitan estos pensamientos aleatorios–, en muy pocas pastas la historia llega hasta la parte en que Slender les rompe la cabeza a sus víctimas. Normalmente nunca se sabe cómo se las come, si es que no se las lleva a otra dimensión para jugar Xbox. Pero, seamos honestos, ¿qué te hace pensar que un monstruo de tres metros que arrastra unos tentáculos negros, vestido formalísimo y sin más rostro que una silueta de cara blanquísima quiere sentarse a tomar un chai contigo? Y la persona que más lo conocía se había hecho mi ex amiga-ahora-ultra-enemiga hacía unos días.

La única cosa peor que saltar para aceptar una muerte digna de niña héroe o dar la vuelta y ver de cerca la no-cara del que te persigue es que el monstruo sepa tu nombre. Y que hable español, claro. Eso también. De nada sirve que lo sepa si no lo pronuncia y no te enteras. Así, como si nada, “¿Eres Davilia 98? Párate ahí”. La peor de las pesadillas potenciada. Slender no solo sabe tu nombre, sino tu nombre de usuario como administradora de la página de las Pastas de la Cripta.

Y, entonces sí, saltas. Y sí, te mueres.

1

La lluvia amaina. No precisamente ahora. Cuando llueve, claro, amaina a las tres con trece minutos y siete segundos. Pero nadie –o casi nadie– está despierto a esa hora para comprobarlo. Ese cambio de fondo, del golpe amontonado y ruidoso de las gotas sobre los techos a un repiqueteo más suave, casi quejumbroso, es la señal para empezar a trabajar. Llueva o no llueva, de todos modos el ruido del techo amaina a las tres con trece.

La pantalla enciende sin una gota de sueño y alumbraba casi toda la cabecera. Esa luz brillante que se siente tan cercana para quienes crecimos pegados a la televisión y a la vez tan fría se embarra inmediatamente en mis lentes, como si se tratara de esos espejos egipcios que se alineaban para iluminar el baño del faraón.

Yo no soy faraona, pero estoy cerca. Tengo un sitio de *creepypastas*, que no es mucho decir, de los meros

buenos porque hacemos historias originales, aunque dicho por mí se vuelve tan creíble como el mensaje que llega al celular diciendo que ganaste un millón de pesos. Pastas de la Cripta, la *fanpage* que administro, es la tercera más popular en español, que ya es bastante. Un millón novecientos mil tres seguidores, casi la población de Letonia, dondequiera que se ubiquen en el mapa los letones. Aunque nadie sabe y probablemente a nadie le importe, lo mejor es que muchas de esas pastas son mías. Las invento yo todos los días cuando la lluvia amaina. Siendo más honesta, no soy solo yo la que mantiene el sitio a flote y felices a esos casi dos millones de “letones” que nos siguen. Empecé hace año y medio, con un blog de esos que son superdifíciles de editar y que parecen decorados por mi tatarabuela. Cuando cambié a la *fanpage*, al segundo día, siendo más exactos, conocí a Malena, que en esos días todavía no cambiaba el nombre de su cuenta por MalAria 9. Fue el primer “Me gusta” de la página; no tengo idea de cómo se enteró, si no teníamos amigos en común en ese entonces. Me escribió emocionadísima que le gustaban tanto como a mí las pastas, aunque yo todavía no publicaba ninguna.

En quince minutos de cuadrado de chat ya habíamos discutido sobre nuestras películas favoritas obligadísimas de terror que nunca han traído a los festivales, nos habíamos compartido doscientos archivos con

historias difíciles de encontrar y yo le había dado diecinueve razones por las que el *dubstep* era la música del futuro y los gatos animales del infierno. Ella tiene a Sushi, un gato gris que, pese al nombre adorable que le puso la mamá de Malena y le sirve de disfraz, es un condenado alfil del averno.

Desde esos días, coincidimos en que a ella le vendría bien ser administradora de la página junto conmigo y que a la propia página le vendría muy bien una manita de gato –odio esa expresión diabólica– que hiciera que las publicaciones no parecieran láminas para una tarea de Civismo hechas con crayolas en la computadora. Hicimos el pacto de la lluvia hace año y medio menos un día. Nos conectamos las madrugadas de martes a sábado a las tres con trece. Yo le paso los textos o le platico un resumen, cuando son muy largos, para que ella haga el montaje del título y una imagen. Siempre a las tres con trece. Como hoy, que, siendo plena primavera y sin el rastro de la más diminuta nube en el cielo, el ruido de la lluvia amaina en nuestros techos.

<<Davilia98 está conectada>>